



Grau de Filologia Hispànica

Treball de Fi de Grau

Curs 2020-201

EL PODER DE LA ESPERA EN BORGES

NOM DE L'ESTUDIANT: María Sánchez Moñiz

NOM DEL TUTOR: Bernat Castany Prado

Barcelona, 16 de junio de 2021



UNIVERSITAT DE
BARCELONA



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Coordinació d'Estudis
Facultat de Filologia i Comunicació

Gran Via
de les Corts Catalanes, 585
08007 Barcelona

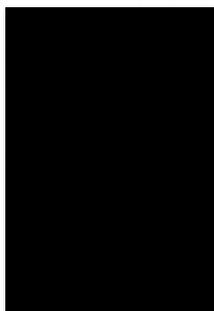
Tel. +34 934 035 594
fil-coord@ub.edu
www.ub.edu

Declaració d'autoria

Amb aquest escrit declaro que soc l'autor/autora original d'aquest treball i que no he emprat per a la seva elaboració cap altra font, incloses fonts d'Internet i altres mitjans electrònics, a part de les indicades. En el treball he assenyalat com a tals totes les citacions, literals o de contingut, que procedeixen d'altres obres. Tinc coneixement que d'altra manera, i segons el que s'indica a l'article 18 del capítol 5 de les Normes reguladores de l'avaluació i de la qualificació dels aprenentatges de la UB, l'avaluació comporta la qualificació de "Suspens".

Barcelona, a 16 de juny

Signatura:





EL PODER DE LA ESPERA EN BORGES

Resumen

El presente estudio analiza la temática de la espera en las obras de Jorge Luis Borges, con el objetivo de establecer semejanzas y diferencias en el desarrollo de esta temática en sus escritos. Por ello, se estudiará la espera que experimentan tanto los personajes y objetos de Borges, así como los motivos que los conducen a esta, determinando si estos son compartidos, o no. Hecho que conlleva que los protagonistas de las obras se unan o se alejen en el momento de alcanzar su destino, teniendo en cuenta que todos ellos comparten algo esencial: su eterna espera.

Palabras clave: Jorge Luis Borges, espera, destino, muerte, objetivo, cuento.

Abstract

This study analyses the theme of waiting in the works of Jorge Luis Borges, with the aim of establishing similarities and differences in the development of this theme in his writings. Therefore, we will study the waiting experienced by Borges' characters and objects, as well as the motives that lead them to this, determining whether these are shared or not. This fact leads to the protagonists of the works to unite or move away at the moment of reaching their destiny, bearing in mind that they all share something essential: their eternal waiting.

Keywords: Jorge Luis Borges, waiting, destiny, death, goal, story.



*A mi familia, sin la que no podría haber
llegado hasta aquí.*

*A Bernat, por haberme ayudado e inspirado
tanto en este trabajo.*



ÍNDICE

1. Introducción	2
1.1 Objetivos	2
1.2 Estado de la cuestión	2
1.3 Marco teórico	4
2. ¿Cómo cifra Borges la espera?	9
2.1 La espera de los objetos borgianos	9
2.2 La experimentación de la espera en los personajes de Borges	14
2.2.1 La espera de la muerte en los escritos borgianos	14
2.2.2 El anhelo de un porvenir no cifrado en la muerte	20
3. Conclusiones	23
4. Bibliografía	25



1. INTRODUCCIÓN

1.1. Objetivos

Este trabajo investiga el tratamiento de la espera en las obras de Jorge Luis Borges. Para ello, estudiaré los diferentes modos que dicha concepción adopta en sus escritos, para así poder llegar a determinar qué tipo de espera es la que experimentan los personajes de sus obras y establecer así el origen de esta.

1.2. Estado de la cuestión

No he hallado demasiados textos que examinen de qué modo Borges trató el tema de la espera en su obra. Bien es cierto que sí se han realizado distintas investigaciones en lo que concierne a elementos en las obras de Borges que esperan ser hallados, o bien, personajes que desean ser encontrados. Espejo Ibáñez centra su investigación en la espera que experimentan distintos objetos borgianos, tal como acontece en “Un libro” y en “El puñal”, siendo este último un escrito en el que se observa un cuchillo que espera ser descubierto, ya que “está a la espera de una mano” (Borges, cit. en Espejo, 2020: 5).

Se debe destacar que la importancia del tiempo en Borges ha sido uno de los temas de estudio en los que más se ha incidido al estudiar su obra. Según Borges, el tiempo “es un tembloroso y evidente problema, acaso el más vital de la metafísica; la eternidad, un juego o una fatigada esperanza” (*Historia de la eternidad*, 1936: 353). Tal como lo expresa Prieto Fernández en *Metafísica del tiempo en la obra de Jorge Luis Borges*, Borges anhela una literatura que se libere de las ataduras cronológicas, hecho que se evidencia en sus obras, donde el autor plasma distintas cuestiones e inquietudes que tanto le persiguen, como la espera de la muerte y sus preocupaciones en lo que respecta al ámbito metaliterario. Dicha espera de la muerte se observa no solo en “El hacedor” sino también en “La casa de Asterión”, obra en la que la “espera desesperada” (Prieto Fernández, 2013: 470) que experimenta el protagonista finalizará en el momento de ser redimido, liberación que le conduce a la muerte.

Por tanto, teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente, en lo que respecta a la espera en Borges, llenaré un vacío crítico al realizar mi trabajo. No obstante, cabe destacar que sí se encuentran distintos estudios que analizan la espera como motivo literario o tema



filosófico. André Comte Sponville (2001:34) afirma que aquello que los seres humanos esperamos es lo que realmente no poseemos, lo que produce que seamos menos felices esperando a lo que vendrá; por ello, restamos alejados de la dicha por esta esperanza que la busca y, “en cuanto esperamos la felicidad, no podemos evitar la decepción” (2001: 34), ya que el ser humano se sitúa en un espacio en el que dicha esperanza resulta insatisfecha, lo que produce que se sienta frustrado, o bien, satisfecha, llevando a desear nuevamente algo de forma temprana.

Dicha frustración provocada por la espera del porvenir, la cual comporta un inevitable desengaño, es la que caracteriza la obra de Dino Buzzati, *El desierto de los tártaros* (1940), cuyo personaje, Giovanni Drogo, se halla sumido en una espera por una batalla que no termina de realizarse. Drogo, posteriormente atrapado en la monotonía que encarna la Fortaleza, se muestra melancólico por tener que abandonar su hogar, “donde había nacido a las esperanzas” (Buzzati, 2005: 8), iniciando un posible “viaje sin retorno”. Así pues, ya es en la Fortaleza donde el personaje se siente desilusionado y frustrado, puesto que siente que las expectativas, que tanto le consumen, resultan “defraudadas ante la inutilidad de la espera” (Alonso, 2010: 4). Una espera que no solo comporta una desilusión y un desengaño, cuando no termina por llevarse a cabo aquello que se desea, sino que, además, tal como expresa Alonso en su estudio, se trata de una espera sin certidumbre de la llegada del adversario, que se materializa como la razón de ser de Giovanni Drogo.

Por tanto, el desierto en la obra de Buzzati se establece como un laberinto en el que el enemigo nunca logra aparecer, lo que hace que los personajes de la Fortaleza se hallen en una espera constante, además de en una profunda soledad. El silencio, al igual que en la obra de Beckett, se erige como un elemento clave, puesto que, tal como se observa en el escrito del autor italiano, sirve para remarcar la soledad que caracteriza a los personajes. Ese silencio que evidencia la no llegada de ese enemigo y que resulta ser “incontrovertible señor de la Fortaleza” (Buzzati, 2005: 38), un silencio mediante el que avanza el enemigo y el paso del tiempo. Tal como acontece con el silencio, que se establece como un elemento simbólico de la soledad, así ocurre con distintos elementos de la naturaleza, como con la puesta de sol, llamada “la hora de las esperanzas” (Buzzati, 2005: 93), momento en el que Drogo imaginaba situaciones que no ocurrirán, tal como sucede con la espera de ese enemigo que nunca llega.



Esa caracterización de Drogo como personaje que continúa esperando y que se encuentra sumido en la melancolía termina por dar pie a un pensamiento “límpido y tremendo: la muerte” (Buzzati, 2005: 247), cifrada como un esperar sin esperanza, es decir, la espera de un suceso que otorgue justificación a la existencia del protagonista.

1.3 Marco teórico

Dicha muerte nos conduce a la acepción religiosa de la espera, puesto que, tal como considera Pascal, “no hay nada de bueno en esta vida, sino en la esperanza de otra” (1999), lo que lleva a que el ser humano espere la dicha tras la muerte. No obstante, debemos observar que la espera es aquello que nos permite saber que el deceso no puede ser algo esperado, ya que quien se halla esperando observa cómo se aproxima hacia sí mismo “el vacío de la espera” y dicha espera como “el vacío del más allá de la vida” (Blanchot cit. en Fernández, 2007: 287).

Así pues, el hecho de instalarse en la espera sería la consecuencia de un *pathos* teleológico, que devalúa el momento presente en favor de un más allá ideal. Sin embargo, frente a dicha concepción de la espera, se observa la defensa del aquí y el ahora, lo que nos remite a la filosofía epicúrea y al tópico horaciano de *carpe diem*, cuya meta es el aumento de la vida real, sin tener en cuenta aquel más allá ideal, tanto político, es decir, la utopía, como religioso, el paraíso. Dicho tópico se erige como un imperativo de “adherirse” a un presente, desprendiéndose así “del miedo de la esperanza respecto del futuro” (Castany, 2018: 25). En la misma línea, Montaigne se muestra contrario a los pensamientos que anticipan el porvenir, ya que considera que estos provocan que el yo se centre en el futuro, obviando el presente. Así mismo, el miedo, la esperanza y el anhelo son tres aspectos que no solo nos arrojan a lo que vendrá, sino que “nos sustraen el sentimiento y la consideración de lo que es” (Montaigne, 2006).

Se debe remarcar que la esperanza se establece como un anhelo que el ser humano no ha alcanzado, el cual se ignora si será complacido o no y cuya realización no pende de nosotros. Es por ello por lo que el filósofo francés afirma que “esperar es desear sin gozar, sin saber y sin poder” (Comte Sponville, 2001: 48). Por ello, “gozar, saber y poder” son los contrarios de la espera, puesto que uno desea algo que realmente no ha acontecido, uno



espera algo que aún no ha sido realizado, “solo esperamos lo que no es” (52). Asimismo, frente a la posible convicción de que la esperanza y el miedo son dos elementos contrarios, el filósofo parisino considera que estas son las dos caras de una misma moneda, ya que no una no se dará sin la otra. Cabe destacar que dicho miedo comporta “una reducción de la existencia” (Castany, 2018: 31), puesto que el pavor a la frustración provoca que el sujeto no intente aquello que realmente anhela. Por ese motivo, la literatura fantástica estaría vinculada con “los ejercicios de superación del miedo” (17), algo clave en los textos de Borges, cuyos personajes no solo están movidos por el temor a la existencia, sino que protagonizan una “epopeya de la cobardía” (31). Es en dicha epopeya donde distintos elementos de la literatura fantástica, como el establecer universos paralelos, así como el regresar temporalmente, provocan que estos, los personajes, se rediman.

Así mismo, se debe observar el momento en el que se da una pérdida de la esperanza, lo que conlleva a la “desesperación”, étimo que adopta Comte Sponville para referirse a esta falta de esperanza que se podría vincular a aquello que Sigmund Freud designa como “trabajo de duelo”. Duelo entendido por Freud como la reacción ante el fallecimiento de un ser estimado o la pérdida de un elemento como es, entre otros, el ideal, lo que produce que el sujeto pierda el interés por lo que le rodea, por “cualquier trabajo ajeno al del duelo” (Vargas, 2011: 8). Por ello, el duelo no solo conlleva que el sujeto renuncie al objeto, sino que este le anuncia su muerte “ofreciéndole como premio la vida” (Freud, 2001: 164), lo que conlleva que al final del trabajo del duelo no solo retome el yo su libertad, sino que reste, tal como expresa el psicólogo austríaco, liberado de inhibiciones. Por tanto, la espera termina cuando se realiza el duelo de dicho ideal, y, una vez el yo se halle liberado, podrá experimentar y vivir la realidad que le rodea, tal como se ha mencionado anteriormente.

Finalmente, en lo que respecta a la temática en la espera de la literatura, una de las obras que no debemos dejar atrás en cuanto a dicho tema es la obra teatral de Samuel Beckett, *Esperando a Godot* (1952). Toda la obra se centra en la espera de Godot que Estragón y Vladimir experimentan, quienes esperan algo que no llega a producirse nunca, como es la venida y presencia de dicho personaje. Se trata de una espera, que, pese a ser conscientes del retraso de Godot, continuarán profesando: “ESTRAGÓN: ¿Y si no viene? VLADIMIR: Volveremos mañana. ESTRAGÓN: Y pasado mañana. VLADIMIR: Quizá.



ESTRAGÓN: Y así sucesivamente” (Beckett, 2006: 20). Bien es cierto que Vladimir y Estragón podrían no esperar la llegada de Godot, pero sí terminan por hacerlo, lo que conlleva que la espera que experimentan sea “carente de sentido” (Fernández, 2007: 286), ya que esperan algo que no llegará nunca.

Pese a que la espera se caracteriza por tener un objetivo, en los personajes de Beckett este no se lleva a cabo, ya que no tienen presente que su espera sea en vano. Cabe destacar que, para el autor irlandés, la ausencia de Godot “se acepta como pura negación de la presencia” (Fernández, 2007: 289), puesto que se acoge a la espera como una experimentación desde “la ausencia de”. Los propios personajes acaban por desvariar ante dicha espera, llegando a insultarse e interrumpirse, encallados en un espacio en el que no acontece nada, tal como afirma Estragón, “mientras se espera nada ocurre” (Beckett, 2006: 59). Por tanto, se observa cómo “la pérdida del sentido derivado de la problemática de la espera” se encuentra como el núcleo de la filosofía de la obra de Beckett (Fernández, 2007: 286), puesto que, dicha espera, en la que se hallan sumidos los personajes, provoca la carencia de sentido que se observará en el lenguaje del autor de *Esperando a Godot*, ya que el orden y el sentido del hilo narrativo han sido alterados por esta.

En la obra del autor irlandés, el hilo discursivo parece no tener fin, puesto que el silencio no solo no se encuentra en las conversaciones de los personajes, sino que acaba por definir “la vocación, la espera y los cometidos” de los sujetos beckettianos (Molina, 1992: 57). Así pues, los personajes se encuentran sumidos en un mañana que se advierte para la siguiente jornada: “MUCHACHO (de un tirón): El señor Godot me manda decirnos que no vendrá esta noche, pero que mañana seguramente lo hará” (Beckett, 2006: 82-83). Es mediante el anuncio del joven que ese mañana viene ya a provocar una tensión en el momento en que se emite ese mensaje, puesto que produce inquietud a sus oyentes, quienes no pueden hacer nada más que esperar. La realidad misma de Estragón y Vladimir está condicionada por ese mensajero que anuncia aquello que aún no se conoce, ese mañana, que conlleva “hacer advenir lo que está por venir” (Molina, 1992: 385), en cuyo caso es el silencio.

Por ese motivo, los personajes hablan, recayendo así la relevancia en aquello que se desconoce y que está por conocer. Además, hablan para evitar así centrarse en sus pensamientos, para evitar pensar en la diaria espera que experimentan, núcleo temático de



la obra, donde se observa esa esperanza vivida ante lo que no tiene esperanza alguna, tal como acontecía en la obra de Buzzatti. Así pues, Beckett presenta al lector una obra cuya significación recae en “el inmodificable acaecer de la espera” (Salatino, 2001) que experimentan Vladimir y Estragón. El segundo, Estragón, se halla sujeto a la espera por lo que determina la voluntad del primero, personaje que da cuenta de las “señales de la espera”, como es el hecho de que, además de esperar, “VLADIMIR: Esperemos hasta estar seguros” (Beckett, 2006: 25), solo puedan hablar ante la situación de incertidumbre que viven. Por tanto, nos encontramos ante una espera que se abre como esperanza de la llegada de Godot, una aparición que no solo no se produce, sino que es realmente improbable que suceda, lo que conduce a que los personajes se hallen en un momento en que lo vivido ayer y hoy, se repetirá mañana.

Debemos destacar que elemento laberíntico es, junto a la espera, uno de los conceptos característicos de las obras de Beckett, Buzzati y Borges. Tal como se ha mencionado anteriormente, los autores enmarcan sus obras en el esperar de determinados personajes, quienes reducen su existencia a la espera de un porvenir. Bien es cierto que la espera cifrada en la muerte es observable en *El desierto de los tártaros* y en determinadas obras borgianas, como en “La casa de Asterión” (*El Aleph*, 1949) y en “Utopía de un hombre que está cansado” (*El libro de arena*, 1975), entre otras. La muerte es la espera de un acontecimiento que justifique la vida del personaje de Drogo, y, por su parte, es la redimidora de la situación que vive Asterión. Por tanto, los personajes de las obras de dichos escritores se encuentran atrapados en un tiempo que se repite, en un *continuum*, ante el anhelo de la llegada de una persona o de la muerte, entre otros. Por ello, la espera se enmarca como una de las temáticas recurrentes tanto en Borges como en Beckett y Buzzati y, pese a que sus personajes u objetos esperen por motivos distintos la llegada de algo o alguien, estarán todos ellos sumidos en un porvenir eterno, encerrados en un laberinto del que algunos podrán redimirse a través de la muerte.

Los personajes beckettianos esperan, al igual que los objetos borgianos de “Un cuchillo en el norte” o “Un libro”, la venida de un individuo que dé fin a la situación de continuo esperar que viven. Por su parte, Borges enmarca a sus objetos en una espera que finalizaría en el momento que alguien les diera uso, lo que daría sentido a su existencia, algo que no termina de ocurrir. De igual forma les acontece a los personajes de Beckett,



puesto que Estragón y Vladimir esperan la llegada de Godot, algo que no termina por producirse nunca, tal como sucede en los relatos de los objetos borgianos y en la obra de Buzzati, donde el enemigo no llega nunca.

Además, será en aquellos relatos de Borges, cuya espera esté cifrada en la muerte, donde se observa como los personajes sí terminarán por liberarse de esa espera, a diferencia de lo que acontece con los objetos borgianos y con los personajes de Beckett. En el caso de Asterión, sí experimenta la venida de su redentor, pese a que este comporta su muerte, liberándolo así del laberinto y de su eterna espera; tal como acontece con el hombre del porvenir y Homero en “El hacedor” (*El hacedor*, 1960), quien, después de haber realizado el cometido por el que fue venido al mundo, espera la muerte, que acabará por producirse. Ejemplos de una espera que termina en el momento en que la muerte llega, una muerte que se alza como liberadora de ese tiempo cíclico que se repite en el laberinto y en el desierto de Buzzati, algo que no experimentarán ni Estragón ni Vladimir, quienes se encuentran como el cuchillo y el puñal borgiano, esperando a alguien que no llegará.

Por tanto, la espera se nos presenta como un elemento nuclear en la literatura, ya sea desde su acepción religiosa, anteriormente mencionada, como desde la temporal y metafísica, aquella que experimentan los personajes de Buzzati y Beckett, quienes esperan diariamente algo que no llega a acontecer nunca. Ya lo afirma así Comte Sponville, esperamos aquello que no depende de nosotros, pero de lo que se trata es de “esperar un poco menos y de amar un poco más” (Comte Sponville, 2001: 69), lo que no conlleva a que nos prohibamos esperar, sino que nos centremos en ese “amar un poco mejor”, que resalta el filósofo francés y que es tan esencial en nuestro día a día.



2. ¿CÓMO CIFRA BORGES LA ESPERA?

Tal como se ha mencionado anteriormente, la espera se observa como núcleo temático en distintos textos de Borges, siendo esta experimentada no solo por seres humanos sino por objetos. Posteriormente se analizará la postergación que experimentan estos, estableciéndose así posibles semejanzas y diferencias entre la espera que viven los personajes de las obras del autor argentino.

2.1 La espera en los objetos borgianos

Un cuchillo, un libro o un puñal son los personajes protagonistas de diversas obras de Borges, algo que no solo desconcierta, ya desde el título, al lector, acostumbrado así a la espera representada por seres humanos, sino que lo induce a descubrir cuál es el anhelo que profesan estos. Tanto los poemas “Un libro” (*Historia de la noche*, 1977: 181) y “Un cuchillo en el norte” (*Para las seis cuerdas*, 1965: 963) como el relato de “El puñal” (*El otro, el mismo*, 1964: 949) adoptan por título el objeto que se halla sumido en la espera de una mano que no llega, viviendo en una espera incesable.

Así mismo, es una obra literaria la que aguarda ser leída en el poema de “Un libro”, siendo esta presentada de forma general, como “una cosa entre las cosas” (v.1), donde el sustantivo “cosa” adopta una representación de “lo infinito” (Puente, 1998) en la pluralidad. Mediante una simbología y metáfora del libro como arma, se desarrolla la descripción de esta y se designa que fue cargada “con un sueño” (v.4), ya que tiene un objetivo, ser empuñada, y, en el caso del libro, ser leído. De igual forma que realiza el autor en “El puñal”, se enumeran características del elemento en cuestión, puesto que se explicitan el lugar y la fecha en que fue forjada el arma. Además, se describen las distintas acciones que acontecen en las páginas del propio libro, “la delicada / mano capaz de ensangrentar los mares / la espada y el clamor de la batalla” (vv. 11- 13). Obra que el yo poético sopesa con su mano, dejando ver que en ella cabe la inmensidad de desventuras y batallas que acontecen en el libro. Por tanto, se nos presenta un libro que espera ser encontrado, ya que “duerme y espera” (v. 16) a una persona que pueda llegar a leer las historias que se narran en él. Se trata de una espera cifrada en lo temporal, teniendo en cuenta que el libro puede esperar perpetuamente a un ser que lo lea, siendo este un



elemento que no solo perdurará en el tiempo, sino que será leído por distintos lectores, quienes no son perdurables y se hallan determinados por dicho tiempo.

En lo que concierne al poema “El puñal”, también nos encontramos ante un elemento que persigue un objetivo, tal como acontecía con el objeto del anterior poema. Así pues, se presenta como una estructura que va más allá de caracterizarse solo por estar hecha de metal, ya que los hombres la crearon con un fin determinado: matar. “Quiere matar, quiere derramar sangre” (Borges, 2005: 949), estos son los objetivos de aquel puñal que resta en un cajón, esperando a una mano que pueda llevar a cabo sus deseos. Mediante la personificación que se desarrolla a lo largo del poema, el autor atribuye determinadas características humanas al puñal, como es el hecho de que persiga un objetivo, lo que conlleva a que se produzca una “transmigración del hombre al objeto” (Espejo, 2020: 3). Borges, al citar en su poema la muerte a puñal de César y de un hombre en Tacuarembó, deja entrever que dicha arma es una prolongación del ser humano, formando parte no solo de su mano sino también de su historia.

Nuevamente, nos encontramos ante un objeto que aguarda a cumplir un objetivo, por lo que se evidencia el mismo tipo de espera que experimentaba el libro en el anterior poema borgiano. En este caso, el puñal, guardado en un cajón, espera a ser descubierto por una mano, un poseedor, que pueda llevar a cabo el fin para el que ha sido creado, y aguarda así poder realizar su destino. Se trata, nuevamente, de un elemento sumido en una espera temporal, por el que “los años pasan, inútiles” (Borges, 2005: 949), que aguarda un contacto con el ser humano que no sabemos si acabará por ocurrir de nuevo. Un contacto que persigue desde el momento en que fue creado, tal como lo expresa el yo poético, puesto que se trata de un puñal caracterizado por una “empuñadura que la espera”, a la mano. Destacable es el hecho de que, en el prólogo de *El otro, el mismo* (1964), sea el propio Borges quien admita que “El puñal” prefigura “la milonga que he titulado “Un cuchillo en el norte” y quizá el relato “El encuentro”” (Borges, 1964: 857), vinculándolos, a todos ellos, con el linaje materno posteriormente comentado.

El poema “Un cuchillo en el norte” nos remite, desde un inicio, a “El puñal”, no solo porque se trate de un arma que duerma, “con duro brillo” (Borges, 2005: 963) en un cajón, al igual que acontecía con el objeto del poema anterior, sino porque también aguarda la llegada de alguien que sepa empuñarlo. Cabe remarcar que el yo poético enumera a distintos cuchilleros, como Saverio Suárez y Evaristo Carriego, siendo este último también citado en



“El puñal”, a los que les ha pertenecido el arma que protagoniza este escrito, un cuchillo. De nuevo, se observa una personificación del cuchillo, cuyo “espíritu excede al hombre” (Espejo: 2020, 4), ya que este se transmite a “los chicos, que son el diablo” (Borges, 2005: 963), las próximas generaciones que tengan acceso al arma. Por ello, el yo poético se emerge como uno de los seres que continuará la tradición que han legado sus antecesores, a los que rememora por el hecho de poseer dicho cuchillo, “yo te estoy viendo, cuchillo”.

Por ello, Borges establece una conexión tanto entre aquellos antepasados que poblaban la Pampa argentina, como con lo acontecido en ese lugar, cuya historia caracteriza al cuchillo que espera en un cajón a ser utilizado. Es el yo poético quien, al ver el arma, viaja hacia ese pasado representado por los anteriores dueños del cuchillo, con los que se identifica, hecho que evidencia ese formar parte de una memoria tanto individual como colectiva. Por tanto, que el cuchillo reste a la espera de alguien que lo emplee faculta la posibilidad de que vayan sucediendo las “cronologías características” (Espejo, 2020: 5) en Jorge Luis Borges. Al igual que sucede con las anteriores obras comentadas, el objeto se halla sumido en una espera cronológica, y se caracteriza por estar “arrumbado y solo” (Borges, 2005: 963), ya que anhela la llegada de una mano que pueda darle uso, para así poder cumplir la función para la que fue concebido.

Todo ello deberíamos conectarlo con el aspecto de la mitología del doble linaje que encarna la figura de Jorge Luis Borges. Por un lado, tenemos a su abuelo inglés, que simboliza el linaje paterno vinculado con la civilización, la biblioteca, o la enciclopedia, que le lleva al autor a desarrollar múltiples referentes hipertextuales a obras esenciales de la literatura occidental. Es gracias a la biblioteca familiar que Borges puede acceder a lecturas como *Las mil y una noches*, la *Biblia*, así como textos filosóficos vinculados a Schopenhauer, Hobbes, Nietzsche y Bacon, a quien cita en “El inmortal” (*El Aleph*, 1949: 533-544); además de distintas obras de tradición anglófona, de Shakespeare y Chesterton, entre otros. Por otro lado, hallamos el linaje materno, caracterizado por esa idealización del pasado guerrero y de la sangre, frente al cosmopolitismo que representaba el paterno. La temática de la cautiva, el personaje gauchesco, así como el personaje del compadrito serán claves en la obra borgiana, tal como se comentaba anteriormente en “Un cuchillo en el norte”.

Es “El muerto” (*El Aleph*, 1949: 545-549), relato de clara vinculación al linaje materno, donde se plantea la historia de un orillero, un compadrito, Benjamín Otálora y el destino de



este, morir. Nuevamente hallamos referencias a dicho linaje materno en “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz” (1949: 561-563), puesto que se encuentran referencias al ámbito gauchesco al narrar las aventuras del protagonista, lo que hace que veamos en este relato el linaje guerrero de los actos, de la valentía y el coraje. No obstante, en dicho relato se observan elementos del linaje paterno, ya que el narrador menciona que dicha historia ha sido relatada anteriormente en “un libro insigne” (1949: 561), en el Nuevo Testamento, lo que confunde al lector y lo induce a pensar que la obra centra su interés en aspectos bíblicos. Así se observa en “La casa de Asterión”, obra a la que acompaña una cita de Apolodoro, que nos remite a la versión de dicho autor sobre el mito del minotauro, del que se sirve Borges para realizar el relato, vinculándolo así al linaje paterno.

De igual forma ocurre en “Historia del guerrero y de la cautiva” (*El Aleph*, 1949: 557-560), donde se encuentran los dos linajes anteriormente mencionados. Por una parte, al paterno, puesto que se nos refiere a una historia de un guerrero lombardo, Droctulft, que aparecía en la obra de Croce, quien abreviaba un texto latino anterior de Pablo el Diácono. Destacable es la referencia a *sub specie aeternitatis*, clave spinoziana vinculada a lo que es universal y eternamente verdadero, sin ninguna referencia o dependencia de las nociones temporales de la realidad. Por otra parte, la temática guerrera del linaje materno, además de la tradición de la literatura argentina, marcada por el personaje de la cautiva, son presentes en el escrito. En el relato se unen civilización y barbarie, algo que se observa también en *Facundo* (1880), de Domingo Faustino Sarmiento.

Por lo que Borges desarrolla la idea de dichos linajes, los cuales pueden verse como las dos caras de una misma moneda, de ese otro que puede ser uno mismo. Clave de ello es el relato “Los teólogos” (*El Aleph*, 1949: 550-556), donde ese duelo encarnado por los cuchilleros y orilleros, que nos remite al linaje materno, se convierte en un duelo, también de honor, entre dos intelectuales y teólogos, quienes luchan por erradicar esa herejía del eterno retorno, de la historia cíclica, donde todo se repite. Por tanto, ese duelo termina por establecerse como una batalla que une los dos linajes, teniendo en cuenta, además, las numerosas referencias eruditas y bíblicas de las que se sirve el autor en dicha obra.

Cabe destacar que el elemento del cuchillo aparece, también, en uno de los cuentos de Borges, como es “El sur” (*Ficciones*, 1944: 524-529), donde se observa una clara contraposición entre dos armas blancas. Mientras que el cuchillo establece una vinculación al



compadrito y se trata de un objeto fácil de obtener, la daga del gaucho se caracteriza por ser un arma que comporta una mayor tradición cultural que el cuchillo, además de tener una mayor antigüedad que este. Se debe observar la sensación que se adueña de Dahlmann en el momento en que tiene la daga en sus manos, ya que esta le conecta con su pasado, concretamente con su abuelo materno, lo que le conduce a tomar la decisión de enfrentarse así a los posibles peligros de la llanura. En este caso, el personaje sí llega a establecer contacto con esa arma, que, al igual que las otras de los anteriores poemas, ha sido creada con el mismo fin, luchar.

Por tanto, nos encontramos ante objetos que esperan la llegada de un ser humano que les permita cumplir con la función para la que fueron creados, dando de ese modo fin, a la situación de espera en la que se hallaban sumidos. Una llegada que se demora, de espera cronológica, que deja entrever que tanto el cuchillo, como el puñal y el libro, son objetos que permanecerán con el paso del tiempo, mientras quienes les den uso no, puesto que no son eternos como ellos. Una espera vinculada a la tristeza, ya que es entendida, según términos spinozianos, como la incapacidad de cumplimiento de las propias potencias, como, por ejemplo, por ausencia de osadía. Además, son objetos que esperan algo que ya ha sucedido antes, ya que han sido empleados con anterioridad, pero anhelan continuar siéndolo, mientras aguardan ese momento siendo escondidos en un cajón. A diferencia de los personajes de Beckett, que esperan la llegada de Godot, la cual se anuncia, pero no acaba por darse nunca, los objetos borgianos de las obras anteriormente mencionadas sí han conocido lo que es el tener contacto con un ser humano que les lea o les empuñe, mientras que Estragón y Vladimir no han establecido un previo contacto con el personaje al que esperan.



2.2 La experimentación de la espera en los personajes de Borges

No serán solo un cuchillo, un puñal o un libro los elementos borgianos que experimenten la espera, ya que el anhelo de la llegada de algo o alguien determina la existencia de distintos personajes de las obras de Borges. Estos se encontrarán enfrascados en la espera de un porvenir, en ocasiones de una muerte, presentada como fuerza liberadora, que a los ojos de los protagonistas parece que no llega.

2.2.1 La espera de la muerte en los escritos borgianos

“El hacedor” (*El hacedor*, 1960: 781-782), “La casa de Asterión” (*El Aleph*, 1949: 569-570) y “Utopía de un hombre que está cansado” (*El libro de arena*, 1975: 52-56), entre otros, representan la espera de la muerte, vivida desde distintas órbitas por sus personajes, pero con el mismo desenlace. En lo que concierne a “El hacedor”, Borges presenta a Homero como símbolo de la humanidad al manifestar en él su “identidad múltiple” (Tissera, 2006), además de instaurar el mundo poético, así como a su creador, más allá de la existencia física. Se trata de una búsqueda de lo trascendente, donde se oculta la discusión acerca de la permanencia en la memoria universal. Esta se establece como temática recurrente en la obra de Borges, puesto que la memoria individual se muestra como un reflejo de la memoria universal, ubicando así cada suceso en un plano superior que lo englobe, engarzando y aunando el ámbito individual con el universal. Por ello, la identidad personal e individual refleja una identidad múltiple, universal, hecho que se evidencia mediante el personaje del relato. De allí el título de la obra homónima, ya que la obra pretende recuperar distintas historias universales, intentando superar lo meramente temporal.

De ahí que el relato se inicie de tal forma, conduciendo al lector ante el vagar memorístico del personaje protagonista de la obra, quien recuerda distintos momentos de su vida en el instante previo de morir. El narrador afirma que dicho personaje nunca se había detenido “en los goces de la memoria”, acción que emprende, de tal forma, en el escrito, describiendo así a un ser que había conocido tanto “la cólera y el coraje” (1960: 781). Los recuerdos de Homero se establecen como un anticipo de lo que ocurrirá posteriormente, su fallecimiento, y se reduce una vida entera al instante de la muerte. Él mismo vaticina su destino, y, por ese motivo, lo espera, no se resigna ante la muerte que le llegará.



Así mismo, es al final de la obra que el lector comprende que el personaje que ha protagonizado el relato es Homero, porque se muestra el objetivo que tuvo en vida, crear sus obras literarias, la *Odisea* y la *Ilíada*, para que resuenen así “en la memoria humana”, para que trasciendan, no solo la identidad individual, sino también la memoria universal. Por tanto, el autor repasa antes de morir distintos momentos vividos, y se encuentra a la espera de que su muerte ocurra, porque sabe que ha cumplido el objetivo por el que fue traído a la vida: escribir. Además, comprende que trascenderá por ello y, por ese motivo, se anima a “descender a la última sombra” sin miedos ni temores, sabiendo que su obra poética formará parte de la memoria universal. Así mismo, será una parte constituyente de esa “historia universal” que el yo poético de “Cosmogonía” (*La rosa profunda*, 1975: 80) mencionaba en el escrito borgiano, ya que el autor anhela el conocimiento tanto universal como personal, es decir, un conocimiento esencial que viene cifrado a través de la palabra.

El encuentro con la muerte es lo que espera el personaje de “Eclesiastés, I, 9” (*La cifra*, 1981: 300), puesto que se halla inmerso en “el rigor del laberinto”, elemento recurrente en la obra de Borges, y no puede hacer más que esperar a que ese encuentro con “esa virgen, la muerte” (1981: 300) se produzca. Muerte como liberadora de ese laberinto, que es la vida, donde se repiten cíclicamente las mismas acciones, y así lo expresa el yo poético en reiteradas ocasiones. Está sometido a repetir el mismo endecasílabo, la misma fábula, lo que remite a que el ser humano, como individuo que habita en ese laberinto del que se encuentra sujeto, está condenado a una repetición existencial. De igual forma acontece en “La noche cíclica” (*El otro, el mismo*, 1964: 863-864), poema que, tal como se observa mediante el título, recoge esta idea cíclica de un tiempo que se repite: “los astros y los hombres vuelven cíclicamente” (1964: 863). Además, dicha concepción temporal se muestra ejemplificada mediante una epanadiplosis, puesto que el escrito se inicia y termina con la misma frase, lo que otorga una sensación de continuidad al poema.

El elemento laberíntico no es la única semejanza que comparte “Eclesiastés, I, 9” con “La casa de Asterión”, ya que esta muerte liberadora caracteriza, nuevamente, el relato borgiano que enmarca al lector en el encierro del minotauro. Como sucedía en la anterior obra comentada, la muerte es la única que podrá liberar al ser humano de ser esclavo del laberinto, tal como expresa el personaje de “El suicida” (*La rosa profunda*, 1975: 86), “Moriré y conmigo la suma / del intolerable universo” (vv. 3-4). En lo que concierne al relato de “La casa de



Asterión”, es esa espera desesperada por redimirse la que conlleva que el personaje no solo pierda la razón, sino que sienta que necesite describir constantemente el universo en el que habita. Nos encontramos ante un Asterión que espera ser rescatado por alguien y, el hecho de acogerse a dicha espera es lo que le permite sobrellevar su presente ante la esperanza de un futuro diferente a la existencia que ha vivido hasta ese momento. El minotauro considera que hay alguien que pueda rescatarlo, por ese motivo, espera, mientras se pregunta por cómo será su redentor, sin saber que este acabaría por darle muerte.

Asterión se nos presenta como un personaje humanizado, contrapuesto a la imagen que la mitología griega había ofrecido sobre el minotauro, caracterizado por su monstruosidad. Por ello, deberíamos situar dicho relato en las obras enmarcadas en el linaje paterno, ya que el autor se basa en la literatura clásica para poder crear su obra. Destacable es que Borges pose su mirada en el monstruo, para ver desde su propia perspectiva la soledad en la que se encuentra el protagonista, además del encierro paradójico en el que este habita. Es decir, Asterión no solo se halla encerrado en el laberinto, sino en sí mismo, ya que el laberinto es el propio personaje, el yo, consumido por la soledad, ya que sólo puede establecer comunicación con las demás personas mediante los sacrificios que comete, pero no mediante el verbo. Será el lector el único ser que pueda conocer la situación de Asterión, ya que el minotauro logra comunicarse con él al relatar el sentimiento reclusorio que experimenta, además de sus angustias y sufrimientos. Además, a diferencia de la versión clásica sobre la historia del minotauro, el personaje borgiano afirma que ha podido salir a la superficie, y, aunque él mismo no se contemple como un monstruo, sí lo harán los demás seres, quienes se atemorizan ante el protagonista, tal como se sentirá Asterión con ellos. Este sería otro de los motivos por los que el personaje prefiere permanecer encerrado en el laberinto, establecido como casa-universo al ser el único lugar en que se siente incluido, hasta que su redentor venga a rescatarlo, ya que se muestra temeroso al sentirse diferente ante los demás individuos.

Por ese motivo, el minotauro siente que está condenado a vivir en un tiempo cíclico, que no solo se repite, sino que lo ahoga, mientras aguarda a su liberador, que será, a su vez, su verdugo. Vive una espera que ayudará a que se sobreponga ante el sinsentido de su existencia, caracterizada por esconderse en un laberinto, asesinar, esperar la llegada de un redentor y, finalmente, ser asesinado por este. Se trata de una muerte que se establece como su propia salvación, ya que pondrá fin a ese encierro laberíntico que experimentaba. La incertidumbre



sobre la llegada de su redentor, además del propio convencimiento de Asterión sobre su liberación, hace que este pueda sobrellevar el día a día de su cautiverio. No obstante, Teseo, su liberador, será, a su vez, su asesino, ante el que el cautivo no se opondrá, “el minotauro apenas se defendió” (1949: 570), ya que considera que este ha llegado para rescatarlo. Además, Asterión no solo ha estado esperando a un redentor, sino a su propia muerte, presentada como liberación de la experiencia que vive el propio personaje y de sí mismo.

Por tanto, en el deseo del personaje borgiano convergen la esperanza y la consumación de todo, es decir, en su deseo confluye la espera de alguien que vendrá a redimirlo, además de su muerte. Se trata de una espera relacionada con la expectativa de un porvenir, de algo inminente, para poder sobrellevar ese presente que lo consume, ya que Asterión se centra en un futuro que, aunque él lo desconozca, terminará con su vida. Sin embargo, esa muerte liberadora alcanza a Asterión de distinto modo que a Homero en “El hacedor”, ya que este último espera la muerte, sabiendo que ha conseguido el propósito por el que había venido a la vida, mientras que Asterión a quien espera es a su redentor, quien le comporta la muerte, la que terminaría con su existencia laberíntica y su sufrimiento.

Ya es en su poema “El laberinto” (*Elogio de la sombra*, 1969: 987), que Borges recupera la historia del minotauro, pero establece distinciones ante la presentada en “La casa de Asterión”. Bien es cierto que el lector, al leer el poema, desconoce si el sujeto poético es Teseo o bien, el minotauro, ya que ambos esperan algo. Por su parte, Teseo anhela dar muerte al minotauro mientras explora las galerías del laberinto, mientras que el minotauro también espera la llegada del otro: “nos buscamos los dos” (v. 17). Esa ambigüedad que caracteriza el escrito borgiano ofrece un personaje sumido en un anhelo, “ojalá fuera este el último día de la espera” (vv. 17-18). Versos que, si tuvieran como yo poético al minotauro, y no a Teseo, se diferenciaría de Asterión por conocer su destino, ser asesinado, mientras que el último desconocía el final que le esperaba.

La muerte redimidora se abre paso, nuevamente, en “La espera” (*El Aleph*, 1949: 608-611), donde se nos presenta la historia de un individuo que ha adoptado el nombre de quien se oculta, Alejandro Villari. Es destacable el empleo de la cifra “4004” en la obra borgiana para hacer referencia a la vivienda a la que llega el personaje principal. Por una parte, el 4 representa todo aquello que ha sido creado y, además, se vincula con elementos bíblicos. Por otra parte, el 0, se enmarca como símbolo de aquello que es origen y principio. En el momento en que



unimos ambos números surge el 40, cifra que representa la espera y simboliza el término de un ciclo y el inicio de otro, es decir, “el paso a otro orden de acción y de vida” (Appiani, 2008), situación que el falso Alejandro Villari experimenta. El relato se encuentra enmarcado en el desasosiego que le consume, puesto que es consciente de la posibilidad que existe de que su enemigo lo encuentre y que, una vez lo haga, lo mate.

Por ello, dicho personaje se encuentra sumido en una espera, donde los días “tienden a ser iguales” (1949: 609), que solamente puede finalizar con el aviso de la muerte del verdadero Villari, liberándolo así de la situación angustiosa en la que vive. De ahí la importancia del sueño que experimenta el falso Villari, momento en el que mata al verdadero Alejandro, liberándose de esa incertidumbre del porvenir en la que vive. Por tanto, en el momento en que el personaje se voltea hacia la pared, “como si retomara el sueño” (1949: 610), encuentra la clave en la cual se deja de ser todo aquello que era, lo que conlleva que pueda volver a empezar, hecho que se vincula con la simbología anteriormente mencionada del número 40. Por ese motivo, la muerte se presenta como única solución para liberar al personaje de “La espera”, puesto que el personaje comprende que la muerte acaba por redimirlo del laberinto, creado por su propia mente, en el que se encontraba, igual que sucede con Asterión.

Unido a “La espera” se observa el relato “El fin” (*Artificios*, 1944: 518-520), vinculado al linaje materno, no solo por la presencia clave de Martín Fierro, sino por ese ambiente de enfrentamiento en la llanura, de violencia y justicia. El personaje principal del escrito, “el negro”, admite que ha estado esperando siete años a que se produzca el encuentro con el asesino de su hermano, Martín Fierro. Una vez llega este último a la pulpería, escucha como su futuro adversario toca la guitarra, sonido que otorga monotonía a esa situación, descrita como un laberinto “que se enredaba y desataba infinitamente” (1944: 518), del que parece que no se puede salir y que consume los días de los personajes. Ambos personajes deciden batirse en duelo, el cual gana el negro, quien da por finalizado su objetivo en la vida, su “destino”, al haber dado muerte a Fierro. Por tanto, nos encontramos ante ciertas similitudes con el anterior relato, “La espera”, puesto que en las dos obras se encuentran personajes que esperan la llegada de un otro, al que pretenden matar. En el caso del falso Villari eso solo ocurre en sus sueños, mientras que el negro consigue terminar con su sinvivir al asesinar a Martín Fierro y, por consiguiente, anular la espera en la que estaba inmerso.



Por lo que respecta al hombre del porvenir en “Utopía de un hombre que está cansado” (*El libro de arena*, 1975: 52-56), este se encamina a la muerte porque se halla hastiado de la sociedad en la que vive y se dispone a precipitarse “hacia Utopía” (Sánchez, 2005: 8), mientras que Eudoro Acevedo regresa a su tiempo. Todo ello se vincula con la liberación que espera Asterión, quien se encamina hacia un porvenir, ser redimido, que ansía, pero que desconoce que le llevará a la muerte. Los dos personajes terminan por liberarse mediante su muerte, mientras que uno la busca por el cansancio de la sociedad que le oprime, mientras que el otro se redime de su soledad y de su reclusión. A raíz de la desolación que experimenta “Alguien”, se observa que ya no espera nada más de la sociedad en la que vive y, al no poder escapar y evadirse del presente, la única solución que se le presenta es la muerte. Frente a un “aquí y ahora” insuficiente para los personajes de ambos relatos, se observa una espera de algo que les rescatará de ese presente del que pretenden escapar, y que se otorga a manos de la muerte.

Así pues, Borges nos ofrece un relato donde el ideal del futuro es plasmado, pero, a su vez, se interroga sobre la condición humana, a través de elementos esenciales en sus escritos, como la muerte, el destino y el tiempo. El relato borgiano ofrece un viaje hacia una época futura, a manos de Acevedo, quien abandona su realidad para desplazarse así a la de un mundo venidero, lugar donde habita “Alguien”, el hombre del futuro con el que conversa. Dicho mundo se halla despojado de gobierno, cronología, historia, no tiene ni pobreza ni riqueza y, en el instante que el individuo lo decida, puede dar fin a su vida. El hecho de que se plantee aquí un reino utópico nos remite al relato “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (*Ficciones*, 1944: 431-433), donde se postula, de igual forma, una utopía.

Sin embargo, esta realidad utópica, del relato de *El libro de arena*, estaría caracterizada como una “distopía de la uniformidad” (Sánchez, 2005: 4), ya que en la realidad futura se propugna un olvido de lo propio, y se presenta como un lugar donde lo espontáneo y el individualismo se han perdido. Una despersonalización que provoca que nadie que provenga de una era futura tenga un nombre, ya que se ha perdido la diferencia, la diversidad. Es por ello por lo que ese “Alguien” no quiere formar parte de dicha sociedad, sumida en el aburrimiento y la monotonía, hecho que evidencia que, lo que sería símbolo de utopía, realmente es un vestigio de que dicho ideal no existe. Frente a lo esperado y lo prometido en esa utopía se observa algo inalterable, la monotonía, lo que conlleva a que el hombre del futuro comprenda que no puede escapar de su día a día, lo que comporta que esté decidido a suicidarse, tras haber



quemado todos sus bienes y haberle entregado una pintura a Acevedo. Dicha obra es creada con diferentes materiales del porvenir y esta se ofrece ante el hombre del presente como una tela en blanco, puesto que los colores del futuro no son accesibles a sus “antiguos ojos” (Borges, 1975: 56).

La espera se concibe como una página en blanco, de igual forma que acontece con la utopía. Por ese motivo, Acevedo, vuelve al presente y termina por redactar aquella página en blanco, mientras que “Alguien” se encamina hacia la muerte. La literatura se establece como un punto de encuentro entre la esperanza y la utopía, la cual vivirá siempre en una página en blanco. Por tanto, se ofrece un relato no de resistencia a la muerte, sino de entrega a ella, puesto que “Alguien” no experimenta temor ante esta, hecho que permite que tome, por sí solo, la decisión de acabar con su existencia. De igual forma acontece con Homero en “El hacedor”, puesto que este espera la muerte sabiendo que ha podido realizar su objetivo en la vida, escribir, y que será recordado para la posteridad. Sin embargo, la decisión, anteriormente mencionada, es a la que no pudo acceder Asterión, ya que, pese que ambos personajes esperaban ser redimidos de la situación que experimentaban, él no pudo escoger, como sí lo hace “Alguien” al suicidarse, fue asesinado y liberado, a la vez, con su muerte.

2.2.2 El anhelo de un porvenir no cifrado en la muerte

No todos los personajes de las obras de Borges se hallan sumidos en una espera vinculada a una muerte liberadora, sino que experimentan una espera eterna diferente, entendida en clave metafísica, tal como comentaré posteriormente.

“Lectores” (*El otro, el mismo*, 1964: 892) ofrece un poema que adopta por protagonista a un niño enfrascado en distintas lecturas, hecho que nos remite a ese linaje paterno de la biblioteca, así como al propio Borges lector de esta. Se trata de un personaje tan inmerso en las obras que leía, que no se atreve nunca a saltar de los libros a la vida aventurera, lo que hace que reste en una espera eterna, en una vigilia. El sujeto poético recurre, mediante una metáfora, a la figura de don Quijote para expresar su propia situación, ya que ambos se encuentran leyendo sobre aventuras que no experimentan y que, si no salen de aquellas paredes repletas de libros, no conseguirán vivir. Abrirse a la aventura es algo que realizará el personaje cervantino, pero que no acontece con el niño del poema borgiano, que continúa leyendo y



soñando “con vagas cosas que no sabe” (v. 14), a la espera de que se produzca una de las hazañas que lee con tanto ánimo, pero que no termina de ocurrir porque este no se decide a vivirlas de primera mano y prosigue así, instalado en una larga vigilia, con sus lecturas.

En lo que concierne a “La muralla y los libros” (*Otras inquisiciones*, 1952: 633), debemos destacar que, es el propio título el que nos sitúa ante un escrito donde memoria, historia, así como monumentos y libros se aúnan. A lo largo del escrito, el narrador presenta distintas conjeturas sobre los motivos que incitaron al emperador Shih Huang Ti para construir la muralla y, a su vez, ordenar la destrucción de determinados libros. Por ello, el narrador considera que uno de los motivos, que llevaría a que el emperador quisiera borrar todo el pasado, sería la condición libertina de su madre, para así “abolir un solo recuerdo”. El segundo de los motivos, de ámbito metafísico, sugiere que el emperador creó la muralla como elemento que detuviera la muerte, puesto que él pretendía alcanzar la inmortalidad. Cabe remarcar que todas ellas se tratan de hipótesis, introducidas por adverbios de casualidad como “acaso” o “quizá”, sobre una acción que no necesita resolución, puesto que se trata de un hecho histórico sobre el que el autor decide cuestionar su fundamento. El hecho de que el narrador se muestre inquieto ante los mandatos realizados por el emperador se une con la inminencia de revelación que acontece al final de la obra, ya que Borges hace creer al lector que hay algo que estallará pero que no termina por hacerlo. Por tanto, el lector se sitúa en una inquietud sobre el anuncio que no termina por llegar, puesto que no solo se encuentra ante una “suspensión de la verdad”, al realizarse distintas conjeturas, sino que esta revelación no termina de producirse en el texto, “no se digiere y olvida” (Torres, 2015: 135).

Mientras que en el poema “Lectores” el sujeto poético se halla enfrascado en una espera eterna de la llegada de la aventura, pese a no atreverse a saltar de los libros a la acción, en “La muralla y los libros” se espera una revelación que no termina por producirse nunca, ya que se enumeran distintas conjeturas, pero no se esclarece la verdad. La obstinación borgiana entre lo que pudo haber sido y no fue establece el vestigio de una “desesperanza que a pesar de todo espera” (Prieto Fernández, 2013: 216), un motivo que será fundamental en el poema “Lo perdido” (*El oro de los tigres*, 1972: 1099), en el que, tras enumerar lo que pudo haberse producido y lo que no ocurrió, además de aparecer un elemento biográfico de Borges, su ceguera, piensa el sujeto poético en esa compañera “que me esperaba, y que tal vez me espera”



(v. 14), como algo que podría ser posible, como las anteriores conjeturas, pero que desconoce si es realidad o no, si lo espera.

Nuevamente es en “Un lector” (*Elogio de la sombra*, 1969: 1016), donde se lleva a cabo dicha obstinación sobre lo que pudo haber sido y lo que no fue, en menor medida, teniendo en cuenta el poema anterior. El sujeto poético no solo describe su tarea como escritor, sino también como lector y, reconoce, que esta es “ilimitada”, lo que nos conduce al tópico de *ars longa vita brevis*. Bien es cierto que la tarea que le atañe es incalculable y que la presenta como un elemento igual de misterioso que el universo, pero no por ello, no se muestra ni desolado ni desanimado. Es decir, el hecho de que no pueda llegar a conocer todo aquello que le rodea, hace que se postule como un aprendiz, ya que se instruirá y continuará leyendo pese a que su ceguera se lo impida.

Así pues, nos encontramos ante distintas obras en las que la espera no se concibe como una muerte redimidora, sino que esta se cifra como una aventura que no termina por llegar, o bien, como la revelación de un anuncio que no se da nunca; alejándose de aquellos escritos en los que la muerte liberaba a los personajes de su eterna demora.



3. CONCLUSIONES

Gracias a este trabajo he podido acceder a distintas obras y temas que, de no haber sido por él, no hubiera tratado nunca. La temática de la espera era prácticamente nueva para mí, ya que no la había estudiado antes en profundidad, por lo que todo el proceso de estudio ha acabado siendo una experiencia enriquecedora.

Tal como he ido desarrollando a lo largo del trabajo, la espera se encuentra entre los temas recurrentes en la obra de Borges, lo que me ha llevado a estudiar los diferentes motivos por los que esperan los personajes borgianos y las semejanzas y disonancias de dicha temática en distintos relatos y poemas del autor. La espera cifrada en la muerte es recurrente en los escritos de Borges, ya sea la espera de una muerte propia (“El hacedor” y “Utopía de un hombre que está cansado”), ya sea una muerte redentora (“La casa de Asterión”, “Eclesiastés I, 9”, “La espera” y “El fin”). En lo que concierne a los objetos borgianos, todos ellos se encuentran cifrados en la espera de alguien que les dé uso y que lleve a cabo el destino por el que fueron creados (“El puñal”, “Un libro”, “Un cuchillo en el norte” y “El sur”), siendo esta última obra la única que termina por establecer un contacto con el ser anhelado. Destacable es el hecho de que dichos objetos configuren el doble linaje paterno, “Un libro” y materno, “El puñal”, “Un cuchillo en el norte” y “El sur”, teniendo en cuenta que, la mayoría de los objetos que esperan en sus obras, son elementos puntiagudos o vinculados a la violencia. Finalmente, ajena a la espera de la muerte, así como a la llegada de un individuo, se enmarca la espera de una acción o, un hecho, como en “Lectores” y “La muralla y los libros”.

Todo ello nos lleva a concluir que el autor se sirve de la temática de la espera para indagar en una percepción psicológica de unos personajes, ya sean humanos u objetos humanizados, que comparten la misma situación: anhelan que se produzca algo que no llega. No obstante, serán pocos los personajes y objetos que sí puedan dar fin a esta situación de espera en las obras borgianas, tal como acontece en “El hacedor”, “Utopía de un hombre que está cansado”, “La casa de Asterión”, “El sur” y “El fin”. Por tanto, no es usual, tal como he mencionado anteriormente, que Borges anule la espera que consume a los personajes de sus obras y, si termina por realizarse, esta está vinculada a la muerte.

No solo los personajes y objetos de los escritos de Borges esperan, sino que nosotros también lo hacemos, constantemente. Estudiar sobre ello me ha hecho reflexionar sobre las



veces en las que estamos atados a un algo o a un otro, cuando realmente no deberíamos vivir instalados en una espera que solo otros, quienes esperamos, pueden dar fin. Esperar es vincularnos a un porvenir que no sabremos si llegará o no, algo que bien saben los personajes de Borges, hecho que hace que nos identifiquemos con ellos. Leer sobre elementos que también esperan conduce a que pensemos que no somos los únicos que vivimos en esta situación y que es posible darle término, aunque no sepamos cuando ocurrirá.

En definitiva, pese a que se encuentren diferencias en el modo en que la espera está cifrada en las obras de Borges, todas ellas están unidas por un esperar que consume a sus personajes y objetos. Esperar es algo que no solo sucede en la literatura, sino también en la vida de todas aquellas personas que disfrutan de las obras borgianas, así como de quienes aún no se han sumergido en estas, a los que les pregunto: ¿a qué esperan a adentrarse en las obras de Borges?



4. BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, B. (2010). “El desierto de los Tártaros”: un paradigma de “Locus Melancholiae””. *Estudios humanísticos. Filología*, nº 32, p. 143-166. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3343768>
- Appiani, O. (2008): “Conjeturas sobre el cuento “La espera”, de Jorge Luis Borges”. *Revista de artes*, nº 11. Recuperado de: <http://www.revistadeartes.com.ar/revistadeartes11/olga-a-de-linares.html>
- Beckett, S. (2006). *Esperando a Godot*. Barcelona: Tusquets editores.
- Borges, J. L. (1989). *Obras completas*. Barcelona: Emecé editores.
- Borges, J. L. (2005). *Obras completas*. Barcelona: Instituto Cervantes.
- Buzzati, D. (2005). *El desierto de los tártaros*. Madrid: Alianza editorial.
- Castany, B. (2018). “*Peligrosos daimones*. La influencia de la tradición de los ejercicios filosófico-literarios de superación del miedo en la literatura fantástica”. *Brumal*, Vol. 6, nº 2, p. 15-35. Recuperado de: https://ddd.uab.cat/pub/brumal/brumal_a2018v6n2/brumal_a2018v6n2p15.pdf
- Comte, A. (2001). *La felicidad, desesperadamente*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Espejo, N. (2020). “Objetos, memoria e intensidades en la poesía de Jorge Luis Borges”. *La Palabra* (38). Recuperado de: https://revistas.uptc.edu.co/index.php/la_palabra/article/view/10822/9443
- Fernández, M. (2007). “Sobre la espera. Un itinerario. Beckett / Anselmo / Latham / Vostell / Schütze”. *Norba*, nº 27, p. 285-302. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2948931>
- Freud, S. (2001): *Obras completas*, (Vol. 6). Madrid: Biblioteca Nueva. Recuperado de: <https://www-digitaliublishing-com.sire.ub.edu/visor/4227>
- Molina, J. V. (1992): “La estética de la espera en Samuel Beckett”. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.
- Montaigne, M. (2006): *Ensayos* (Vol. 1), Madrid: Cátedra.



- Pascal, B. (1999). *Pensamientos*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc125r8>
- Prieto, D. R. (2013). “Metafísica del tiempo en la obra de Jorge Luís Borges”. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Filología Hispánica. Recuperado de: https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/661952/prieto_fernandez_daniel_ramon.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Puente, S. (1998): “Apenas una cosa entre las cosas”. *La lengua española y los medios de comunicación. Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, Zacatecas*, Vol. 1, pp. 239-251. Recuperado de: <https://cvc.cervantes.es/obref/congresos/zacatecas/libro/comunicaciones/puente.htm>
- Ramírez, J. (2005): “Un laberinto para jugar a la soledad: “La casa de Asterión””. *Letras*, Vol. 2, n.º 38, pp. 27-48. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5475969>
- Salatino, M. C. (2001): “Poética de una espera. *En attendant Godot* de Samuel Beckett”. *Acta literaria*, n.º 26, p. 57-76. Recuperado de: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-68482001002600005&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Sánchez, M. (2005): “Borges y el cansancio de lo mismo”. *Acta Literaria*, n.º 31, p. 23-31. Recuperado de: <https://scielo.conicyt.cl/pdf/actalit/n31/art03.pdf>
- Tissera, G. (2006): “Entre la vigilia y el sueño: Borges y “El hacedor””. *Hispanic poetry review*, Vol. 6, n.º 1, p. 10-25. Recuperado de: <https://journals.tdl.org/hpr/index.php/hpr/article/download/266/244>
- Torres, A. C. (2015): “A pesar de la muralla y los libros”. *Hallazgos, revista de investigaciones*, n.º 24, p. 125-137. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5229254>
- Vargas, D. (2011): “Duelo, tristeza y rechazo del inconsciente”. *Affectio Societatis*, Vol. 8, n.º 14. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3701376>